

Paul Lamache, el testimonio de un allegado

En 1933, un lector reacciona en la tribuna dedicada a Paul Lamache, del diario local "la Croix de l'Isère", y aporta su propio testimonio. Este valioso documento nos permite familiarizarnos aún más con este miembro fundador de la primera Conferencia de Caridad. Este hombre, profundamente unido a Dios, hizo de la práctica de la Caridad, la orientación de toda su vida. Todavía hoy, sigue siendo una fuente de inspiración para todos los Vicentinos... "

Al Señor Director de "La Croix de l'Isère":

Señor Director,

Ha tenido usted una gran inspiración al insertar en su diario la interesante reseña dedicada a evocar el recuerdo de M. P. Lamache. Permítase a este grenoblés que lo conoció detallar algunos rasgos de su fisionomía, traer a la memoria algunos hechos característicos de aquella vida que nunca tuvo otros objetivos que no fueran la gloria de Dios y la salvación de las almas.

La de Paul Lamache era una naturaleza hermosa y rica. De gran estatura, diestro en todos los ejercicios corporales, bueno en esgrima, dotado de un temperamento a la vez sanguíneo y nervioso, de figura franca y abierta, él gustaba a primera vista y esta impresión, lejos de borrarse, traía en seguida la simpatía y el respeto.

Al ver, incluso hacia el final de su vida, a este hermoso anciano, normando de pura cepa, uno no podía dejar de pensar en aquellos intrépidos aventureros que, a partir del siglo X, habían arriesgado sus navíos por el Océano, contra viento y marea, y que acabaron por conquistar reinos en las costas del Mediterráneo. Quizá por atavismo, Paul Lamache sentía, desde su primera juventud, una gran admiración hacia un bonito buque de guerra anclado en la rada de Cherbourg, y que le decidió a presentarse a los exámenes de admisión en la Escuela Naval. Habiendo obtenido en el instituto real de Ruán el primer premio de Excelencia, aprobó y fue admitido en el concurso. Para la entrada en el Instituto, este éxito no era suficiente. Hacía falta la cota de popularidad. Lamache no la pudo obtener. Se la denegó el alcalde liberal de Saint-Pierre-Eglise, que no admitía que se le concediera al hijo de su predecesor, al que la Restauración había condecorado con la Cruz de Saint-Louis. Aquí vemos que el General André y sus partidarios tienen precursores en el sistema de fichas y el régimen abyecto. Paul Lamache, indignado, estaba decidido a castigar al alcalde denunciador, autor de la injusta exclusión: "a menudo he dado gracias a Dios por haberme desviado de la carrera marítima que me hubiera privado de la oportunidad de hacer algún bien." Este "algún bien", es simplemente la parte que tomó en la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paúl. No olvidemos que también tuvo el honor de cooperar en el establecimiento de las Conferencias de Nuestra Señora de París. Se eligió una delegación compuesta por tres de los miembros más antiguos de la Conferencia San Vicente de Paúl: Ozanam, Lallier y Lamache, para que fueran, ante al arzobispo de París, intérpretes de los deseos y esperanzas de la juventud católica. Representémonos a Lamache caminando entre Ozanam y Lallier, a los que dominaba por su estatura (les sacaba la cabeza), elegancia y gracia. "Lo que llamaba la atención en él, dijo el Sr. de la Villermarqué, era precisamente esta gracia, Ozanam era sombrío y tenía un aire inspirado, Lallier era muy afable. Paul Lamache atraía. La recepción tuvo lugar en la histórica fecha del 13 de enero de 1834. Fue seguida de varias conversaciones, algunos intentos infructuosos y, finalmente, en el mes de enero de 1835, la respuesta afirmativa de

Lacordaire a la propuesta de Monseñor de Quélen, fijó durante cerca de un siglo los destinos de la enseñanza superior del cristiano. El Sr. Lamache, primero estudiante de derecho, después abogado en el Tribunal, entabló en París importantes relaciones que, por su modestia, él dejó de cultivar. Autor de dos folletos a favor de la libertad de enseñanza, él combatió la buena lucha al lado de los Montalembert y los Dupanloup. Tuvo el placer de volver a ver a éste último en el castillo de la Combe, donde se dieron cita durante medio siglo muchos católicos distinguidos, y donde el ilustre obispo de Orleans exhaló el último suspiro en 1878. Yo le oí contar su entrevista con Montalembert al que fue a pedir que dirigiera sus palabras, un domingo por la mañana, a sus queridos obreros. Montalembert, absorto por la preparación de un discurso, se negó con cierto mal humor. Lamache, herido en lo más profundo, no pudo dejar de responderle: “Yo comprendo, Señor Conde, que este auditorio no le parezca digno de usted”. Y se retiró bruscamente. Apenas había caminado algunos pasos, cuando Montalembert lo alcanzó y, con lágrimas en los ojos, exclamó: “¿Cómo ha podido usted creer, Sr. Lamache, que mi negativa conllevara desprecio hacia jóvenes cristianos? La verdad es que yo no me siento digno de enseñarles el camino de la salvación. Yo, por desgracia, sólo valgo para mantener controversias con los impíos de la Asamblea Constituyente.” A la muerte de Montalembert, el Sr. Lamache que había enviado a su viuda su más sentido pésame, recibió de su yerno, el Sr. de Meaux, una carta extremadamente emotiva que terminaba así: “En cuanto a usted, Señor, compañero del Sr. de Montalembert en sus viejas luchas, déjeme estrecharle la mano, como a un amigo cuyo recuerdo y oraciones no le faltarán ante Dios.”

El recuerdo del gran orador católico recuerda este exquisito libro: El relato de una Hermana, que tuvo tanto éxito hace más de medio siglo. Al Sr. Lamache le gustaba contar que un día en París, había recibido en su buhardilla de estudiante, a fin de obtener información sobre una obra, la visita de la condesa Albert de la Perronnays, de soltera Alexandrine d’Alophen, viuda del íntimo amigo de Montalembert. Lamache ofreció a la gran dama su única silla, y él se sentó en el borde de su cama. Característica de las costumbres en una época tan distinta a la nuestra. Otro rasgo de la vida de estudiante: uno de sus compañeros de juventud, que venía de una familia normanda muy distinguida, pero completamente descarriado, subió a su quinto piso para hacerle una propuesta deshonesta. Lamache, que a menudo le había reprochado sus deslices de conducta, consideró que la medida era el colmo. Por toda respuesta, lo cogió por la cintura, y lo tiró a la escalera. No sucedió lo mismo con otro de sus amigos, de buen corazón, pero de cabeza débil, que llevaba una vida muy disipada y que había perdido en el juego una cantidad importante. Sus gestos, sus palabras eran las de un desesperado. Lamache, comprendiendo que se trataba de salvarle del deshonor, fue simplemente a abrir su secreter, y le entregó todas sus economías, mil francos que había ganado con trabajos literarios y con clases particulares de derecho.

Paul Lamache llevaba en el mundo la sencillez y la espontaneidad de su naturaleza, que ninguna convención cambió jamás. En ningún momento de su vida, él temió la batalla. Igualmente, existía una gran unidad entre su vida pública y privada, entre sus hechos y sus gestos, desde el niño de diez años, alumno del instituto de Ruán, erigiéndose ante las amenazas de sus compañeros que querían impedirle ir a misa, y a cuya nota circular él respondía con sus solas palabras escritas en grandes caracteres: **iré**, hasta el catedrático de Grenoble que, desde lo alto de su cátedra, y ante los aplausos de su auditorio de estudiantes, hizo oír su enérgica protesta contra los decretos del 29 de marzo de 1880, estimando que “para él, era un deber imperioso, como profesor de derecho, el enseñar derecho y mantener el respeto de los principios de equidad establecidos por el texto de nuestras leyes”.

Una declaración pública tan audaz bien merecía un castigo. Poco después, llega a Grenoble un inspector general de las Facultades de derecho al que el Ministro había encomendado la misión de librar a la Facultad de Grenoble de un profesor inoportuno. Afortunadamente, este alto personaje, oriundo de Grenoble, al que el Sr. Lamache no conocía, aunque no era clerical en absoluto, resultó ser un hombre de bien, un jurista excepcional. Él se coló de incógnito entre los estudiantes en el

curso del profesor sospechoso y, a la salida, fue a buscar a éste último y le dijo: “Señor, no le voy a ocultar que he venido con la intención de provocar su jubilación, pero he asistido a su clase. Me ha gustado tanto que voy a solicitar su ascenso a la primera Clase.”. Efectivamente, esto es lo que sucedió. El Sr. Lamache quedó agradablemente sorprendido por esta promoción, este título que, en aquella época, se concedía pocas veces en las Facultades de provincia, incluso a los Decanos. Pero él, que no tenía fortuna, me dijo ingenuamente, cuando me lo contaba: “realmente, es demasiado, doce mil francos para un profesor de derecho”. No iba a poder gozar mucho tiempo de ellos.

Cuando, en 1886, las exigencias del reciente decreto sobre el límite le obligaron finalmente a dejar su cátedra, no habían envejecido ni su doctrina, ni su palabra. “Yo seguiré, en mi curso, escribió en 1883, criticando sus iniquidades cada vez que surja la ocasión jurídica”. Y así fue hasta el final. El jurisconsulto de 76 años hubiera podido aun tener una larga carrera. Sus colegas, el Rector de la Academia, el Inspector general pidieron en vano al Ministro que lo mantuviera en sus funciones “en interés de la enseñanza”. No se pudo obtener tal dispensa de la ley. Su jubilación no fue para él más que una razón para dedicarse a sus obras, en particular a la Conferencia de San Vicente de Paúl que él había fundado en su parroquia Saint-Bruno, a los patrocínios, a los círculos de jóvenes. Su palabra, siempre emotiva y vibrante, penetraba los corazones. Recuerdo la satisfacción que él expresaba después de una de estas reuniones en las que había tomado la palabra. “He conseguido, me dijo, animar a mis oyentes, dibujar una gran sonrisa en sus labios, y he comprendido que había ganado mi causa”. Siempre era así, lleno de entusiasmo y de confianza en la Divina Providencia. Como los hombres de su generación, él sabía reírse. Su profunda piedad se aliaba a una alegría dulce y amable, bien francesa y de buena ley, yendo a veces hasta bromas un poco arriesgadas. Un día, de camino a Lyon, se alegraba de volver a ver allí a su antiguo confesor, el Padre J. “Diremos nuestras tonterías juntos, como antaño”, confesaba él. Este amable anciano siguió siendo joven de corazón y de acción hasta el final. Él cultivaba su jardín, alimentando la mesa familiar con distintas verduras “sin descuidar enteramente las flores a las que él aceptaba dar algún lugar en la vida”. Palabras encantadoras, de una filosofía feliz. Él contaba con gusto que debiendo hacer una sustitución en el Rectorado de Academia, sucedió que dejó la ropa usada de jardinero para recibir debidamente como rector suplente al mensajero oficial y plasmar las firmas necesarias. Las excursiones a la montaña, que siempre habían gustado al Sr. Lamache, tanto en Alsacia como en Dauphiné, no las abandonó después de su jubilación. Había que verlo, de vuelta de una larga carrera, a su llegada a la llanura, subir ágilmente, a la parte delantera del coche, al lado del cochero.

La vida interior, en el Sr. Lamache, era cada vez más intensa. Estaba fundada en una profunda humildad, y mantenida por la frecuente recepción de los Sacramentos. “Lo esencial, escribía a un amigo, es humillarse, colocarse ante Nuestro Señor Jesucristo como un pobre mendigo, lleno de confianza en su bondad y en ser guiado principalmente por el deseo de agradarle en el cumplimiento de los modestos deberes de cada día”. Nadie fue más feliz que él con los progresos de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Pero su alegría siempre fue humilde y sin ninguna gratificación personal. Último superviviente de los siete fundadores, él facilitó, en 1883, toda la información relativa a la creación de la obra, pero se negó a ir a París para asistir a las Bodas de Oro de la Sociedad.

Viéndole siempre con un carácter joven, lleno de vivacidad, sin sombra de enfermedad, su familia y sus amigos se regodeaban en la esperanza de conservarlo durante mucho tiempo. Como sucede con la vejez sana y vigorosa, la enfermedad le abatió de repente. En el mes de julio de 1892, siguiendo una costumbre ya antigua, él se entregaba, en Rondeau, en el estanque del Pequeño Seminario, a vigorosos ejercicios de natación que luego hizo seguir por una merienda de lácteos frescos en la granja vecina. Cuando volvió a su casa, se sintió mal. Se declaró una fluxión del pecho. Él no podía creer en la gravedad del mal, resultado de aquel baño helado, que practicaba tan a menudo que, como él decía, le hacía tanto bien. Igualmente, sólo quedó en cama en último extremo. Siempre sometido a la voluntad de Dios, él recitaba sin cesar invocaciones piadosas, especialmente ésta “¡Jesús mío, Misericordia!, que fue grabada en su tumba. Acababa de cumplir 82 años. Él se ha

merecido el elogio que Pío IX hizo un día al saber la muerte de Montalembert: “Era un vero campione” [Era un auténtico campeón].

Artículo publica en el correo del lector, en “La Croix de l’Isère”, 1933.